

—¡Joven!—exclamó el sacerdote en el paroxismo de la cólera.

—Lo repito, Ixtaolzín; ¡eres un cobarde!

—¡Desgraciado de tí si una sola injuria vuelven á verter tus labios contra mí!

—Tezomotli sonrió con serenidad y desprecio y dijo:

—¿Crees acaso que tu horrenda figura ni tu poder me asustan? Te engañas, Ixtaolzín: no sé que extraña pero elocuente voz habla dentro de mí y me dice que nuestros dioses son unos impotentes ídolos de piedra y vosotros unos embaucadores. Ellos y vosotros ¿de qué le habéis servido al infeliz Moctezuma? El finado emperador hizo por sus dioses y por sus ministros lo que no hará ni podrá hacer otro alguno de nuestros monarcas, y ni vuestro deber ni vuestra gratitud pudieron salvarle de fatalidad que sobre él pesó. Ni ellos ni vosotros.....

—No prosigas,—le interrumpió Ixtaolzín con voz reposada como si ningún efecto le hubieran producido las blasfemias del príncipe:—no prosigas en tu inútil discurso: no voy á defender á nuestros dioses, ellos ni lo quieren; se defenderán á sí propios; pero sí voy á confundirte con la razón de mi venganza.

Al decir las últimas palabras Ixtaolzín estaba transformado.

Desaparecido había en él toda señal de encono y de sus párpados se desprendían gruesas lágrimas.

Tezomotli se sintió completamente desconcertado é iba á hablar cuando el sacerdote, señalándole una especie de banquillo de cañas, le indicó que se sentase en él y prestara atención á sus palabras.

El joven obedeció casi inconscientemente.

### La historia de Ixtaolzín

**C**OMO tú era yo joven, y como la tuya rebosaba mi alma en ilusiones.

Muchos años hace de esto.

Gobernaba en México Tizoc, su séptimo rey, hermano mayor de Axacáyatl, su predecesor en el trono.

Hombre sin dotes de ninguna especie para desempeñar el alto puesto á que había sido llamado, su reinado fué sin gloria y oscuro y sus mismos y más inmediatos vasallos se conjuraron contra él, aunque en secreto, pues distinguíase por cruel y vengativo.

El centro de la conjuración fué Ixtapalapa, cuyo señor tenía grandes agravios que satisfacer: mi padre disfrutaba de toda su confianza y fué uno de los principales agentes de los conjurados.

Tizoc murió envenenado y, su hermano y sucesor Ahuizotl, que no había sido extraño al plan de los conjurados, en vez de agradecerles lo que por él habían hecho, se valió del conocimiento que de ellos tenía y de

su nueva autoridad para hacer ejecutar públicamente y en la plaza de México á los delincuentes: mi padre estaba entre ellos y fué ahorcado como todos sus cómplices y su cuerpo tasajeado y servido á las águilas del templo.

Mi madre quedó prisionera de los mexicanos y yo pude salvarme de la muerte casi por milagro, pues en el interés de todos estaba denunciarme una vez que el rey prometió todos nuestros bienes, que eran cuantiosos, á quien me entregase vivo ó muerto.

Después de algunos años en los que padecí grandes miserias y estuve expuesto á interminable serie de peligros, conseguí cambiando de nombre entrar en el calmecac y ser admitido é instruido en las prácticas del culto y me hice sacerdote.

La primera parte de mi plan de venganza estaba conseguida.

La persona de los sacerdotes era sagrada y como además el rito prescribía que tuviésemos pintado el rostro con el negro color de la goma del *ulli*, podía aproximarme cuanto quisiera al rey sin temor de ser por él conocido.

Como tal sacerdote, asistí á la solemne inauguración del templo de Huitzolopochtli y tomé parte en el espantoso sacrificio en que fueron muertos setenta y tres mil hombres en los cuatro días que se emplearon para ello (1).

(1) La solemne inauguración del templo del dios de la guerra, tuvo lugar el año de 1468. Según el padre Durán, las víctimas sacrificadas fueron ochenta mil cuatrocientas: Torquemada reduce el número á setenta y dos mil trescientas cuarenta y cuatro: el *Códice Telleriano Remense* á veinte mil y el *Códice Vaticano* á diez y nueve mil seiscientas. El sacrificio duró cuatro días desde la mañana á la puesta del sol. Las víctimas colocadas una detrás de otras formaron cuatro

Mi plan de venganza estaba ya próximo á cumplirse, cuando una vez más estuve expuesto á perecer en la gran inundación que sufrió México, provocada por el cruel y orgulloso monarca.

Fué el caso que queriendo aumentar el caudal de los lagos que rodean á México, solicitó del señor de Coyoacán le permitiese construir un acueducto que condujera á la capital las aguas del rico manantial de Huitzolopochtli.

El señor de Coyoacán le advirtió que su intento podía ser perjudicial á México porque aquellos manantiales sufrían enormes é inexplicables crecientes, pero Ahuizotl, que no sufría observaciones de nadie, le hizo dar vil y traidora muerte y las aguas fueron traídas á México: poco tiempo después la inundación anunciada sobrevino, y fué tal y tan grande, que las gentes tuvieron que abandonar la ciudad, que quedó destruída por el ímpetu de las aguas, pereciendo innumerables personas.

Yo estuve á punto de morir ahogado y contraí una enfermedad que me tuvo postrado y moribundo muchos meses.

No obstante logré reponerme y, de acuerdo con Motezuma, al cual su ambición desmedida, su astucia y la exterioridad que sabía dar á su devoción y amor al culto, habían elevado á la suprema dignidad de gran sacerdote y señor del dios, envenenó á Axacáyatl con ciertas yerbas que poco á poco fueron consumiendo su naturaleza joven, fuerte y robusta al extremo de que al morir

inmensas hileras, alguna de las cuales medía más de legua y media. Los sacerdotes untaron con la sangre las puertas de los templos, el interior de muchos y todos los ídolos, y tal llegó á ser el hedor que no había quien lo pudiese sufrir.

sólo quedaban de él un reducido bulto de huesos y pellejo.

Merced á las intrigas puestas en juego por el astuto Moctezuma y cuyo principal instrumento fui yo, los reyes de Tacuba y Texcoco y la junta de señores le eligieron noveno rey de México.

Moctezuma me guardó por mucho tiempo grandes consideraciones, y, cosa extraña en aquel hombre cruel y sanguinario como pocos de sus antecesores, jamás se atrevió á borrar, matándome, al poseedor único del secreto de su complicidad en el envenenamiento de su predecesor.

Verdad es que nada tenía que temer de mí, satisfecho de haber vengado á mi padre y libre y salva mi madre, á quien yo amé entrañablemente, toda mi ambición se redujo á amontonar riquezas. Moctezuma la satisfizo con toda liberalidad: jamás rey alguno de México levantó como él á su mayor altura el poder real ni atesoró tan incontables riquezas.

Para complemento de mi dicha yo tenía una hija soberanamente hermosa, fruto de la sola y única pasión de mi vida.

Esta hija, llamada Tenolli, vivía con mi madre solicitada por cuantos la conocían, é inspirados por el amor que la consagraban, pregoneros eran de su virtud y su hermosura todos sus solicitantes.

El eco de sus elogios llegó á Moctezuma, que, hermoso como era y grande y magnífico emperador, creía con justicia que mujer ninguna de su reino podría verle sin acceder con gusto á ser su esclava.

Era yo no obstante demasiado orgulloso para consentir en recrear á mi rey con el cuerpo de mis hijas.

Así pues, á la primera indicación de Moctezuma contesté con palabras que le convencieron de que nada debía esperar de mí.

Fué la mayor herida que pude haberle causado.

Moctezuma, no sólo no admitía oposición alguna de nadie, sino que había obligado á los nobles á cederle á sus hijas para el servicio de su casa y emplearlas aun en los mas bajos menesteres, y castigaba con la pena de muerte á cualquiera que se atreviera á mirarle al rostro, por cuyo temor todos le hablaban con la frente inclinada hacia el suelo como á cosa sobrenatural y divina.

Desde aquel día comenzó á verme y hablarme con cierta reserva y ganó todo su favor uno de los más nobles y distinguidos generales de su ejército, el valeroso Acatl, padre de la jóven que tú me reclamas.

Yo me puse en acecho, multipliqué mis espías y cuanto hombre sospechoso ví acercarse á la casa de mi madre y de mi hija, fué irremisiblemente muerto.

Cada vez que esto sucedía me trasladaba yo á las habitaciones de Moctezuma y se lo participaba con feroz satisfacción.

Nada, sin embargo, se atrevió á intentar directamente contra mí.

Falso para con todo el mundo, sólo conmigo había dejado hasta entonces de serlo.

Un suceso extraordinario imprevisto vino á ser la causa de mi desgracia y el germen de los odios que llenan por completo mi corazón.

Acababa de celebrarse la fiesta de Toci con gran solemnidad y con un gran sacrificio de numerosos prisioneros tlaxcaltecas: tomáronlo á mal los de Huejotzinco, amigos y aliados de la república de Tlaxcala, y con gran

misterio y precauciones sin número, cayeron una noche sobre el templo de la diosa, situado en el Tepeyac, y prendieronle fuego, no dejando de él sino humeantes cenizas.

Aquel atentado estupendo causó una irritación tan justa como natural en los mexicanos, y sobre todo en Moctezuma, que dió orden para que todos los sacerdotes de Toci fuesen presos y encerrados en jaulas hasta que en ellas muriesen de hambre, en castigo de no haber vigilado como era su deber, el templo de la madre de los dioses.

Era yo el gran sacerdote de Toci, y como tal fui aprehendido con todos mis compañeros.

Ni opuse resistencia ni siquiera procuré huir y ocultarme.

Tal era mi confianza en la amistad y en el valor del secreto que me unian con Moctezuma.

Si me disgustó la crueldad con que fuimos tratados.

En primer lugar, dispuso que no se nos privase de una vez de todo alimento, sino que se nos fuera disminuyendo paulatinamente la cantidad.

Con esto los tormentos del hombre hicieron cada vez más atroces, porque la corta ración que se nos daba sólo servía para excitar más y más un apetito que no debía verse satisfecho.

Dispuso también cubrir de agudos pedazos de obsidiana el piso de nuestra prisión, de modo que ni andar ni acostarnos podíamos, sin originarnos dolorosas heridas.

Mis compañeros, que no tenían como yo esperanzas de salvarse, resistieron mucho menos tiempo.

Pero mis esperanzas fueron poco á poco perdiéndose.

Ningún emisario iba á consolarme ni decirme palabra alguna de parte de Moctezuma.

Perdí la paciencia y comencé á quejarme contra mi falso amigo y concluí por decir á cuantos quisieron oírme que yo había envenenado á Axacáyatl de acuerdo y por orden de Moctezuma.

Tuvieronme por loco y todos se reían de mi extraña demencia.

Un día en que mi cólera fué mas extraordinaria, acometiéronme vértigos, dejé de percibir los objetos, caí como muerto y teniéndome por tal me extrajeron de las cárceles y arrojaron mi cuerpo en un muladar.

Quisieron los dioses que mi muerte hubiera sido aparente y cuando volví en mí, en un estado de horrible estenuación, allá como pude, me encaminé á la casa de mi madre y de mi hija.

Sólo hallé á la primera cruelmente herida pero viva y convaleciente.

Pregunté por mi hija.

La misma noche de mi prisión mi casa había sido allanada y extraída de ella mi hermosa y desventurada Tenolli.

El jefe de los bandoleros había sido el mismo general Acatl, el favorito del emperador.

Mi pobre madre tuvo tal esmero conmigo en las horribles dolencias de que fui víctima, que al fin recobré la salud.

Creíanme muerto y mi madre era tan anciana que no volvieron á acordarse de nosotros y no pensaron en visitar de nuevo mi casa, ni vigilar á sus moradores.

Necesité ocultarme más que nunca, puesto que así me favorecían las circunstancias, y voluntariamente me condené á la más estricta reclusión.

Lo más importante para mí en aquellos momentos era saber el paradero de mi hija.

Presentarme yo donde pudiera ser conocido sería tal vez perderla sin salvarla.

Mi anciana madre se encargó de hacer las oportunas averiguaciones.

Durante muchos días sus esfuerzos fueron de todo punto infructuosos.

La impaciencia y la desesperación me consumían.

Mi pobre madre se resolvió, por tal de verme tranquilo, á intentar un peligroso recurso.

Se dirigió á la casa de Acatl, después de haberse asegurado de que él no estaba en ella y logró hablar con sus hijas.

Nada sabían de la mía, pero se comprometieron á averiguar alguna cosa y citaron á mi madre para el siguiente día.

No faltó á la cita, pero no viendo aparecer á ninguna de las hijas de Acatl, llegó á su puerta y llamó.

Lo que entonces hizo aquel hombre vil no es para contarlo.

Sus hijas habían procurado saber algo de la mía, y lo mejor que se les ocurrió fué preguntarle á su mismo padre.

Acatl se enfureció al saber que sus hijas tenían noticias de aquel suceso y con toda su brutal autoridad las obligó á decirle qué persona les había hablado de su víctima.

Aterradas ellas, le contestaron que una anciana á la cual no conocían y á quien habían citado para el día siguiente.

Cuando mi madre tocó á su puerta la abrió el mismo Acatl y al reconocerla tuvo la crueldad de insultarla y darla furiosos golpes.

Mi madre volvió con inmensos trabajos á mi casa, me

refirió lo que le había acontecido y tres días después espiró en mis brazos de resultas de los golpes recibidos.

Llorábala yo sobre su cadáver con lágrimas de sangre cuando noté que mi casa era asaltada por una banda de indios á cuyo frente también en aquella ocasión iba Acatl.

Solo contra tanta gente, sólo me quedaba morir.

Pero morir era renunciar á la venganza y yo necesitaba vengarme.

Resolví pues huir frente al enemigo y así lo hice, y saliendo de México me refugié en Ixtapalapa, cuyo señor era tu padre, y cuya protección y ayuda fueron mi salvación.

Le conté mis desgracias, prometió prestarme toda su ayuda y de nuevo me introduje en México como persona adicta á la suya.

Moctezuma no me conoció y me encargó el supremo sacerdocio de Toci, encomendándome la custodia del templo que la diosa tiene en el Tepeyac y con el cual había sustituido el incendiado por los Huejotzincos.

Recreábame en bien combinar mi venganza cuando la cobardía y las supersticiones de Moctezuma le hicieron ponerse en manos de los españoles.

Cien veces pude entonces haberle matado, pero Moctezuma, aunque indignamente, representaba nuestra patria y nacionalidad, y ambas estaban en peligro y era necesario no comprometerlas más de lo que estaban.

Suspendí la satisfacción de mi venganza, y nunca como entonces oré más fervorosamente ante sus aras, pidiéndoles salvasen á mis verdugos para serlo yo de ellos.

Entonces fué cuando tu padre tuvo el rasgo generoso de ponerse frente á la conjuración que está llamada á destruir á los pérfidos Quetzalcóatl.

Los dioses no quisieron que el cobarde Moctezuma

quedase libre de los españoles y mi venganza quedó, por lo que á él respecta, sin completa satisfacción.

Digo sin completa satisfacción, porque Moctezuma no pudo saber antes de morir que fui yo quien sobre él lanzó la piedra que le hirió en la frente la última vez que se presentó á arengar al pueblo desde la azotea del cuartel de los españoles.

Ahora bien, ¿quieres, joven príncipe Tezomotli, saber qué había sido de mi hija?

En vano la busqué donde yo suponía que pudiese hallarse.

Un día me ocupaba en asear con mis ministros el templo de Toci en Tepeyacac.

Suspendidos de las vigas permanecían los cueros de las víctimas con que Moctezuma había solemnizado el estreno del nuevo templo.

El hedor era insoportable.

Di orden á mis ministros para que los desataran y enterrasen.

Hacíanlo así, cuando uno de ellos al descolgar una de las pieles, me dijo:

—He aquí los restos de una bien hermosa mujer, que fué hija de uno de los sacerdotes á quienes Moctezuma mandó matar de hambre, por haber descuidado la vigilancia del templo de Toci.

¡No quiero ni puedo explicarte lo que por mí pasó!

Adivínalo si puedes.

Moctezuma, para vengar las resistencias de mi hija, la había hecho sacrificar en aras de Toci.

Su cómplice fué Acatl, el asesino de mi madre.

Ahora, tú, Tezomotli, di si podré yo perdonar á la hija de Acatl.

## Capítulo IX

### La salvación de la víctima

**E**L joven Tezomotli escuchó con creciente y compasivo interés la larga y horrible relación de Ixtaolzín.

Cuando hubo concluído, el joven dijo:

—Tienes razón para odiar al cruel Acatl: justo es tu rencor.

—Nunca pude creer que lo dudases una vez que conocieses mi historia.

—Eres bien desgraciado.

—No tanto, puesto que aun puedo vengarme.

—Y te vengarás, Ixtaolzín; en cuanto mi padre el rey sepa que aun vive uno de tus enemigos, yo te lo fijo, le hará perecer.

—¿Nunca!

—¿Qué quieres decir?

—Que para que mi venganza me satisfaga es preciso, indispensable, que yo por mi misma mano la ejecute.

—Sea como lo desees, pero pues hombre es quien te ofendió, véngate de un hombre, no de una mujer.

—Entiendo, insistes en pretender la salvación de Xochitl.

—No insisto en pretenderla, sino en conseguirla.

—¿Cómo la conseguirás?

—Entregándomela tú mismo por tu propia mano.

—¡Nunca!—gritó frenético el sacerdote de la *Madre de los dioses*.

—¡Ahora mismo!—observó á su vez y enérgicamente el príncipe.

—Primero me dejaré arrancar el corazón.

—Pues vé como piensas, y piensa lo que dices, por que si otro recurso no hubiese te arrancaré primero el corazón.

El sacerdote retrocedió algunos pasos como quien se prepara á combatir.

El joven príncipe permaneció en su sitio pero sacó de entre los pliegues de su rico ceñidor un large puñal de reluciente y afilada obsidiana.

—Si das un paso hacia mí, te abro el cuello al primer golpe.

—A mí, al sumo sacerdote de.....

—A tí, al amigo de mi padre, á quien debes, según has dicho, tu salvación y la dignidad que ocupas.

—¿Con qué fin me lo recuerdas?—preguntó airado Ixtaolzín.

—Con el de obligarte por cuantos medios estén á mi alcance á acceder á mi súplica, antes de recurrir al último que tú me has indicado, el de arrancarte el corazón.

—¿Pero entonces, tú me has engañado?

—¿Por qué lo crees?

—Porque ántes dijiste que comprendías la razón de tu venganza.

—Y ahora lo repito.

—Y no obstante pretendes estorbarla.

—No; lo único que yo pretendo es que seas hombre con los hombres, pero no contra las mujeres.

—Y ¿quién fué causa de la muerte de las dos que más he amado yo?—preguntó Ixtaolzín como preparándose á ver la confusión de su adversario.

—Acatl;—contestó imperturbable el joven.

—¿Y quieres que yo sea menos que él?

—Sí; quiero que seas menos miserable que él.

—Te lo agradezco, —observó Ixtaolzín desconcertado, —pero no son rencores de hombre los que me incitan á la venganza.

—¿Un hombre no? ¿qué eres tú entonces?

—¿Un hijo: ¡un padre!—contestó con sublime soberbia el interpelado.

—Que amaba á su madre y á su hija, ¿no es cierto?

—¿Qué las ama aún!—añadió Ixtaolzín con transporte de pasión.

—¡Mientes!—dijo el príncipe con brusquedad.

—¡Eso dices! ¿eso dices y no te ahogo entre mis manos!

—Eso repito, Ixtaolzín; porque si las hubieses amado comprenderías que el dolor de perderlas es tal, que ningún hijo, ni ningún padre pueden desear dolor tan grande á otro hombre.

Ixtaolzín bajó los ojos confundido con las palabras del joven, que sonrió satisfecho de su aparente victoria.

—Lo estás viendo, Ixtaolzín; te conozco mejor que tú mismo; no eres tan miserable como Acatl.

—Te engañas, Tezomotli, no es ser un miserable vengar á la mía en la hija de Acatl.

—Lo es, y más aún; si tal hicieses justificarias á tu enemigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que pues eres capaz de matar á otro su hija, mereciste que te mataran la tuya.

—¿Qué es entonces lo que quieres?

—¿Te conoce Acatl?

—No: ignora por completo que yo soy el mismo sacerdote de Toci que le debe toda su desgracia.

—Y bien: date á reconocer de él, gózate, si quieres, en atormentarle haciéndole creer que en su hija vas á vengar á la tuya, y cuando como chacal te hayas recreado en ahondar su herida, devuélvele á su hija, y cuando le juzgues en el más supremo instante de la dicha, rétales á combate á muerte y mátales en venganza de tu madre y de tu hija; pero mátales como hombre que hace justicia, no como verdugo que la denigra, mancha y ensucia con su contacto.

—Tezomotli,—observó Ixtaolzin, que ya á este tiempo había recobrado toda su sangre fría,—hablas como príncipe generoso que eres, pero como joven que no comprende lo mismo de que habla y que sólo la experiencia enseña: viejo soy ya y aun mi odio es más viejo; ni necesito de consejos ni mis rencores de muchos años mueren en un momento. Vete en paz y deja hacer al hombre y al sacerdote.

—Pero ¿me entregarás á Xochitl?

—No; no lo sé.

—Yo sé que me la entregarás.

—Jamás por la fuerza.

—Pero sí por mi astucia.

—¿Cuál vá ser tu recurso?

—Quiero decirlo para que sepas á qué atenerme.

—Dilo.

—Haciéndote morir antes del día designado para el sacrificio de Toci.

—¿Serías capaz de herirme?

—¿Quizás!

—Hiereme pues,—dijo Ixtaolzin, presentando su pecho desnudo,—pero pronto, porque pasado este momento no me volverás á tener á tu alcance hasta después del sacrificio.

—Yo te haré venir á mi.

—¿Cómo?

—Fácilmente: haciendo que seas juzgado como asesino de tres de los reyes de México.

—Nadie se atreverá á sostener la acusación.

—Te engañas.

—¿Acaso tú, Tezomotli?

—Yo mismo.

—No es fácil cosa probarlo, Tezomotli. Nada conseguirías.

—Te equivocas; en primer lugar conseguiría hacerte abandonar el templo de Toci y en tu ausencia salvaría á Xochitl; en segundo, el rey mi padre, que ignora que eres un hábil envenenador te apartaría de su lado; en tercero, Acatl sabría quien eres y....

—No prosigas: la amistad del rey tu padre es mi tesoro mayor, y no el interés sino la gratitud me obligan á conservarla.

—Ixtaolzin,—dijo el joven con manifiesta desconfianza,—no sé por qué me parece que tus palabras no corresponden al tono con que las pronuncias.



—¿Qué quieres decir?

—Que con las palabras prometes algo y con el tono lo niegas todo.

—Me juzgas mal, Tezomotli: si acaso algo has notado será mi preocupación.

—¿Qué la motiva?

—El temor que me asalta de que mi complacencia para contigo algún grave daño puede acarrearlos.

—Nada temas, pues no hay razón para ello.

—La hay, Tezomotli, la hay: la diosa no dejará impune que le arranquemos una víctima que le estaba ya dedicada.

Tezomotli no pudo reprimir cierto sobresalto, hijo de la superstición; pero serenándose bien pronto, los impulsos generosos de su noble corazón se sobrepusieron, y dijo:

—Puesto que no el entusiasmo del sacerdote sino el rencor del vengativo llevaban esa víctima al sacrificio, Toci te agradecerá que no la tomes por pretexto para satisfacer tus odios.

Sea como lo quieras, mas si algo fatal sucediese, ya lo sabes, ya lo he previsto y te lo he anunciado. Ahora, sígueme; voy á entregarte á Xochitl; pero vé como la guardas, porque yo te lo digo, la maldición de Toci pesa desde este instante sobre ella.

—Procuraré seguir tu consejo y en atención á él, Xochitl habitará desde hoy el palacio de mi padre.

—Me agrada tu propósito y lo apruebo,—dijo Ixtaol, zín sonriendo ferozmente, pero sin'arlo á notar al joven.

Una hora después Xochitl estaba libre y en el palacio de Cuitlahuatzin con grande alegría del generoso Tezomotli y de su amigo el español Gonzalo.

A la siguiente mañana Acatl se presentó en el templo solicitando hablar á Ixtaolzin.

Cuando éste fué avisado, volvió á señalarse en sus labios la misma feroz sonrisa que habia procurado ocultar á Tezomotli.

Y dirigiéndose al lugar en que Acatl le aguardaba, dijo para sí:

—No tiene esto remedio: necesito vengarme y me vengaré; sólo que en vez de ser yo quien mate á Xochitl, será su propio padre quien lo haga. ¡Cuánto no me gozaré yo en su dolor cuando le haga ver que mató á una inocente! ¡Si, esto es mejor y.... más cruel!

## Capítulo X

## El hijo del rey

**G**RAVE fué sin duda lo que Ixtaolzin debió decir á Acatl, porque al salir éste del calmecac sus ojos despedían relámpagos de cólera, y oprimía su labio inferior entre sus dientes, como buscando en la sensación dolorosa producida, un medio para distraer su pensamiento.

Acatl pensó dirigirse desde luego al palacio del rey, pero variando de intención tomó la opuesta calle y prosiguió andando distraidamente y sin dirección determinada.

Al cabo de un espacio de tiempo bastante largo Acatl volvió sobre sus pasos, siguiendo, aunque en sentido inverso, las mismas calles que había llevado.

Por fin estuvo frente á la gran puerta del palacio.

Merced á su elevada posición en el ejército logró fácilmente ser introducido en la cámara real.

Cuiclahuatzin era un monarca mucho más sencillo en sus hábitos y costumbres que el famoso Moctezuma.

Por otra parte, el peligro en que el reino se encontraba y la necesidad de atender á su salvación antes que otra cosa, habían transformado la córte azteca.

Su rey sólo se ocupaba de cuanto pudiera contribuir al logro de este objeto.

Los edificios destruidos en la lucha sostenida contra los españoles en los días que precedieron á la *Noche Triste* hallábanse ya reparados.

En las fortificaciones se trabajaba noche y día sin interrupción, pues cuando unas cuadrillas de operarios se fatigaban, entraban otras de refresco á sustituirlas en la labor.

El tesoro que sus antepasados habían conservado improductivo, aunque algo mermado por los españoles, le dedicó el monarca á enviar socorros á las provincias para que se aperciesen á la común defensa.

A fin de sobreexcitar el espíritu público, prometió absolver de todo tributo á los pueblos y naciones que tomasen parte activa en la defensa contra los españoles.

Alguno de sus cortesanos le hizo ver que esta disposición podría reducir á su córte y real persona á grandes estrecheces, pero Cuiclahuatzin contestó:

—No importa; tengamos patria, que ella no nos negará el sustento que ganemos con nuestro trabajo personal.

Algunos días después volvieron los emisarios á quienes había dado la comisión de trasladarse á Tlaxcala y atraer á aquella república en favor de los intereses generales.

Los embajadores nada habían conseguido; Tlaxcala había jurado nuevamente obediencia á la corona de Castilla y bautizádose sus primeros jefes y magistrados.

La nobleza mexicana se desahogó en terribles imprecaciones contra la traidora conducta de los tlaxcaltecas.

Cuitlahuatzin no perdió su serenidad, y solamente dijo con tranquila entonación:

—En acabando con los españoles, concluiremos con los tlaxcaltecas.

La suerte no parecía, no obstante, muy dispuesta á favorecerle.

Lejos de ello, el ejército mexicano al mando del mismo Cuitlahuatzin fué derrotado por Hernán Cortés en las inmediaciones de Quauquecholán, cuyos habitantes habíanse alzado contra los españoles.

Estos tomaron en aquellos días gran número de poblaciones, y otras se les sometieron voluntariamente.

Hernán Cortés, que había sufrido una grave enfermedad, logró reponerse de ella, y con el fin de atacar por agua á la capital, hizo construir varios bergantines, dándose la industria de que pudieran desarmarse, á fin de conducirlos en piezas y por tierra á las orillas de la laguna.

Súpose en México y se celebró como un pronóstico de victoria, que una parte de los soldados de Cortés había determinado desistir de la empresa y regresar á Cuba, y que su jefe se había visto obligado á consentirlo.

En cambio, poco tiempo después llegó á Veracruz una nueva expedición enviada por Velázquez en auxilio de Narváez; Cortés supo ganarse á aquellas buenas y aguerridas tropas y hacerlas tomar su partido, con lo cual Velázquez perdió por tercera vez la partida apostada con Don Hernando, y éste pudo contar con un buen número de soldados, y acrecer considerablemente su provisión de caballos, armas y municiones.

No desmayaba, no obstante, el ánimo de los mexicanos, que cada vez se mostraban más dispuestos á no cejar un ápice contra sus enemigos.

Pero el cielo mostrábaseles contrario, y como si con los males que ya sufrían, no se hubiese saciado su cólera, la epidemia de viruelas, introducida, como ya dije, por un negro de Narváez, tomó un espantoso incremento, y por todas las provincias se propagó, causando horrible mortandad.

En la capital del imperio los casos multiplicábanse diariamente, y por temor al contagio, los atacados por la enfermedad, morían abandonados, aun de sus más próximos parientes.

En el mismo palacio del monarca se dieron varios casos, de algunos de los cuales fueron víctimas varios nobles y elevados dignatarios.

Al ver entrar al valiente Acalt en su cámara, el rey le tendió con amor sus brazos, pero con sorpresa y enojo notó que aquel á quien se disponía á honrar, se hacia varios pasos atrás, diciéndole á la vez:

—Valeroso, justo y sabio Cuitlahuatzin, no soy digno de las pruebas de tu afecto.

—¿Qué quieres decir, Acalt?: habla y sé breve, como lo exige la satisfacción de la ofensa que me haces.

—Mis hijas, señor,—prosiguió Acalt,—sólo las doy con gusto y por honra mía á mis dioses y á mis reyes.

—Sé valeroso, Acalt,—observó el rey,—lo que con Xochitl has hecho, llevando tu culto á los dioses más allá de lo racional.

—Dices bien, y á rescatarla me disponía, comprando con la mía su libertad, cuando he sabido por el sumo sacerdote de Toci que mi hija ha sido robada del mecac.

—¿Y quién ha osado atreverse á tanto? —preguntó irritado el rey.

—Uno de tus hijos, — contestó Acatl con seguro acento.

—¿Cuál?

—Tezomotli.

—¡El más querido!—observó el monarca con profundo y manifiesto pesar.

Así era en verdad: la principal y primera esposa de Cuítlahuatzín lo fué Tecuichpotzín, pero la poligamia estaba admitida entre los aztecas, y el antiguo señor de Ixtapalapa tenía además de la principal otras mujeres.

Hijo de una de ellas Tezomotli, su padre le había, en efecto, distinguido con un amor realmente sin segundo.

Mucho fué su pesar al saber que el hijo preferido era el autor del desacato de que Acatl se mostraba quejoso; dominado por su cariño depuso toda ira, y con triste expresión, le dijo:

—Y bien, Acatl, ¿qué quieres de mí?

El interpelado contestó fiero é insensible:

—¿Eso preguntas á quien fué capaz de entregar á su hija para que fuese sacrificada?

Cuítlahuatzín se irguió como león que se siente herido y crispando ambos puños, dijo con no reprimida cólera:

—¿Quieres que yo acuse de sacrilegio á Tezomotli? ¡Ay de ti, si tal cosa osas repetir!

Acatl se sintió anonadado, pero revelándose á su vez contra la amenaza de su rey, exclamó:

—Dueño eres de irritar á los dioses si en ello se complace tu desmedido valor, pero no puedes permitirte á ti mismo ofender en su hija al más leal de tus servidores.

—Tienes razón,—contestó conmovido el monarca,—y dando un golpe con una especie de martillo de plata sobre una lámina de oro, que pendiente de un cordón,

estaba cerca de su real asiento, la hizo sonar con fuerza.

—Al eco del golpe, un servidor del palacio se presentó inclinando su frente casi hasta tocar los tapices de algodón que cubrían el piso.

—¡Llama al príncipe Tezomotli!

Antes de que el sirviente hubiérase alzado del suelo, Tezomotli se presentó ante su padre, diciendo con segura voz y sonriendo con dignidad.

—No es necesario, heme aquí.

Cuítlahuatzín con mal fingido enojo dijo á Tezomotli:

—Acatl viene á quejarse ante mí....

—¿De qué?—preguntó el joven interrumpiendo con filial imprudencia el discurso de su padre,—¿de que de una víctima de la diosa he querido hacer la esposa de un hijo del rey?

—Cuítlahuatzín y Acatl no pudieron por menos de demostrar su sorpresa.

—¡Tu esposa!—dijo el rey.

—La hija del valeroso Acatl bien puede ser la esposa de Tezomotli.

Acatl, sin poder ocultar su ilimitado reconocimiento, fué á postrarse á las plantas de Tezomotli.

En aquel instante penetró en el salón real el sacerdote Ixtaolzín.

—Luego quiere decir,—preguntó el rey á su hijo,—que quieres hacer tu esposa de la hija de Acatl?

—Lo quiero, padre, lo quiero—contestó el joven.

Ixtaolzín frunció sañudamente el ceño al oír la respuesta y pregunta anteriores, y dijo para sí:

—Hé aquí un incidente con el cual yo no contaba.

Después, alzando la voz, y dirigiéndose al monarca, dijo:

—Poderoso Cuitlahuatzin: un sacrilegio sin ejemplo se ha cometido hoy en el calmecac: una de las víctimas destinadas á ser sacrificadas á la diosa Toci ha sido robada de su templo. ¡Justicia, Cuitlahuatzin, justicia!

—Te engañas, sacerdote,—observó el monarca,—la víctima que reclamas ha pasado á ser la esposa de un príncipe real. En cambio de ella te serán entregados diez esclavos para el sacrificio.

—¡No lo puedo admitir!—contestó Ixtaolzin, que con su rostro cubierto con la negra pintura del ulli sagrado, semejaba un sér infernal poseído de un paroxismo de cólera.

No fué menor la que sintieron todos los personajes de esta escena al escuchar la negativa del sacerdote.

—¡Eso osas decir á tu señor!—exclamó el monarca.

—La misma diosa es la que por mis labios habla. Acabo de consultarla; los descendientes de Quetzalcóatl vienen, ¡oh rey! sobre tu pueblo; la peste nauseabunda crece y se propaga, y sus víctimas superan á toda exageración; Toci es la que estos males consiente y favorece: no hay otro recurso para ganar su favor que apresurar el sacrificio: ¡Cuitlahuatzin, entrégame su víctima ó teme su cólera!

Acatl se adelantó al concluir de hablar Ixtaolzin, y no menos excitado como el que más pudiese estarlo, pues á su hija defendía, exclamó:

—Movido por resortes cuyo secreto mecanismo aun no he podido averiguar, pero cuya existencia no se me oculta, ¡oh sacerdote de Toci! para arrancarme á mi hija, elegiste un momento en que la bárbara cólera cegaba mis ojos. Sordo en un principio á las súplicas que te hice para que me admitieses á tu presencia, hoy aace

diste, y jurándome que no era digna de ser sacrificada á Toci, ensuciaste mis canas, diciéndome que la habías entregado como sierva y meretriz á su amante Tezomotli. Sacerdote de Toci, responde: ¿cuándo mentiste, al ofenderme en el calmecac, ó al reclamarla en el palacio?

Al decir estas últimas palabras de su apóstrofe, Acatl tomó al sacerdote por una muñeca, oprimiéndosela con puño de hierro.

Ixtaolzin, cediendo al dolor terrible que sentía, estaba próximo á caer á los piés del guerrero; cuando éste le soltó, exclamando con desprecio:

—Te acabo de conocer, sacerdote de Toci; tú no eres Ixtaolzin, tu nombre es Cuitlalac, tus hechos...

—¡Basta!—gritó el monarca.—Sacerdote de Toci, la hija de Acatl es la esposa de Tezomotli: puedes retirarte.

Ixtaolzin se preparó á salir, pero ántes dijo con profética voz, que impuso á sus supersticiosos oyentes:

—Cualesquiera que sean las faltas que por celo religioso haya cometido, ninguno de vosotros debía haberme insultado: no obstante, todo resignado lo sufro como hombre: pero como sumo sacerdote de Toci, sobre vosotros llamo su poderoso rencor: ella sabrá cómo ha de castigaros.

## Capítulo XI

## La ciega fatalidad

**M**as amenazas de Ixtaolzin iban á cumplirse antes de lo que él mismo pudiera habérselo imaginado ó deseado.

Así suele la casualidad acudir en auxilio de las malas causas.

La epidemia de viruelas continuaba propagándose de una manera espantosa.

Muchas familias habían desaparecido por completo víctimas de ella.

El terror era indescriptible.

Los templos, que en gran número existían en todos los barrios de la ciudad, veíanse invadidos constantemente por la multitud que acudía á sus falsas divinidades en solicitud de protección.

Hombres y mujeres se entregaban, con la esperanza de apaciguar la cólera de sus dioses, á las más duras penitencias.

Con espigas de maguey y navajitas de obsidiana, se

abrían las carnes de piernas y brazos y con su sangre salpicaban los altares y las puertas de los templos.

Las ofrendas se multiplicaban y cada uno, según sus posibles, depositaba á las plantas de los ídolos, variedad de comestibles, y mantas, y joyas, y piedras y plumas preciosas, y resinas ó inciensos de toda especie, y semillas y mil objetos de diversas formas y materias.

Pero la epidemia continuaba y el espanto crecía.

El primero en aprovecharse de tan fatales circunstancias fué Ixtaolzin.

Sin miedo al contagio se le veía siempre en todos aquellos parajes en que la mortandad era mayor.

Pero en vez de procurar el alivio de los enfermos ó el consuelo de los dolientes, aumentaba la pena de los unos y de los otros, diciéndoles que no tratasen de buscar alivio á sus males, ni esperar el término de la epidemia, porque castigo eran de los dioses irritados.

—Esto que padecéis,—les decía,—os lo habéis buscado, por haber consentido en que el gran sacerdote de Toci fuese insultado y escarnecido en la misma cámara real.

Permitisteis que le fuera arrancada á la diosa una de sus víctimas y en defecto de ella todos sufriréis la muerte, sin esperanza alguna de que su corazón se ablande ni apiade de vosotros.

Mientras la víctima no vuelva al templo y sea sacrificada, Toci no levantará su sentencia y todos pereceréis.

El resultado de las infames sugerencias de Ixtaolzin fué que la ciudad entera empezó á denostar á su rey por haber consentido las abominaciones de que el vengativo sacerdote se quejaba.

La excitación subió á mayor punto, cuando se dijo

que Acatl había sido atacado también por la epidemia.

—¡Castigo de Toci!—gritaba la multitud, que á fin de asegurarse de la verdad del caso, invadió las cercanías de la casa del general.

A los pocos días de haberse enfermado, el rey dispuso que Acatl fuera llevado al palacio y en él asistido con el mayor esmero.

Esta muestra de afecto y atención sólo sirvió para que se agravase el enfermo, que murió aquella misma tarde.

El rey dispuso se le hiciesen solemnes funerales; su cuerpo envuelto en mantas ricamente bordadas fué colocado sobre una gran pira de cedro.

Mientras su cadáver era consumido por las llamas, el pueblo asaltaba su casa y la arrasaba hasta sus cimientos.

Cuitlahuatzin ordenó que los jefes de los amotinados que tal habian hecho, fuesen ahorcados y degollados sobre los escombros.

Reducidos á prisión los reos, el rey quiso, para honrar á su general, presenciar la ejecución.

Pero cuando iba á salir del palacio se sintió tan mal, que fué preciso conducirlo á su lecho.

Al día siguiente, no pudo caber duda, el rey había sido atacado también por la nauseabunda enfermedad.

Imponderable fué el terror, no sólo de la corte y nobleza, sino de toda la ciudad.

Para aquella nueva enfermedad no se conocía remedio alguno.

Ante el temor de la próxima desgracia, no sólo el pueblo, sino los mismos nobles, se confirmaron en que la causante de estas desgracias era la desventurada Xochitl.

Así lo empezaron á decir en altas voces los guerreros y cortesanos que se hallaban en la cámara del rey enfermo.

Estas voces las oyó el príncipe Tezomoti, que postulado ante el lecho de su padre derramaba abundante y amargo llanto.

Sin duda las juzgó desprovistas de todo fundamento, porque alzando su noble figura dirigió sus coléricas miradas sobre los cortesanos.

Pero éstos, que amaban á su rey por su nobleza y valentía y consideraban su muerte probable como una irreparable pérdida, lejos de demostrar en su actitud ninguna complicidad en la venganza de Ixtaolzin, estaban tan conmovidos y pesarosos como el mismo Tezomoti.

El joven sucumbió ante aquel espectáculo, y viendo moribundo al rey y no queriendo convencerse de que el sacerdote de Toci pudiera tener razón, alzando sobre su cabeza sus manos en actitud suplicante, exclamó:

—Dioses de mis padres, poned en mis manos al causante de tanta desgracia y os juro sacrificarle ante vuestros altares.

Y al decir estas palabras, que sólo los que más inmediatos estaban á él pudieron oír, fueron tales y tantos sus angustiosos sollozos que muchas personas creyeronle próximo á morir, y fué una de ellas la infeliz Xochitl que, sin pensar en más que socorrer al príncipe, se arrojó no menos afligida que él en sus brazos.

Éste, que acababa de pronunciar el horrible juramento, se espantó de aquella nueva casualidad, y rechazando bruscamente y con horror á Xochitl, que cayó por el suelo á corta distancia, exclamó:

—¡Desgraciada! ¡por ti muere el rey!

Un hombre se adelantó entónces.

Era Ixtaolzin.

Vestia las más lujosas insignias de su alta dignidad.

Sobre su rostro, embijado con el ulli sagrado, nada podía traducirse de los sentimientos de su alma.

Pero sus ojos brillaban con siniestras miradas.

Caminó aún algunos pasos, y poniendo su mano pintada también de negro, sobre la cabeza de Xochitl y cogiéndola por las trenzas de su magnífico cabello:

—Toci reclama su víctima,—exclamó;—dejadme pasar con ella si Cuitlahuatzin se ha de salvar y con él lo que queda de su nación.

Xochitl lanzó un grito espantoso y salvándose como pudo de las manos de Ixtaolzin corrió á abrigarse en los brazos de Tezomotli.

Pero éste, en vez de prestarle el amparo que la víctima demandaba, la entregó al sacerdote, diciendo á la vez con acento de superstición y terror:

—Tómala, Ixtaolzin; es preciso, Xochitl.

La joven vaciló como si un rayo la hubiese herido, pero antes de que hubiera podido caer al suelo, cuatro ayudantes del sacerdote se lanzaron á una seña de éste sobre la víctima y alzándola sobre sus brazos, salieron con ella de la cámara real, abriéndoles calle los cortesanos para dejarles libre paso.

Cuitlahuatzin, que hasta aquel momento había permanecido inerte como un cadáver, se enderezó sobre uno de sus brazos y miró en torno suyo con los vidriosos ojos del moribundo.

Una exclamación de alegría partió de todos los grupos que invadían la extensa cámara, y varias voces, dijeron:

—¡Se ha salvado!

Tezomotli no podía convencerse de lo que veía; y fluctuando entre la alegría de creer que el rey estaba en sal-

vo y entre el disgusto de la suerte que esperaba á la víctima de Ixtaolzin, exclamó en alta voz:

—¡Pobre Xochitl!

Como si este nombre hubiera electrizado á Cuitlahuatzin, el moribundo rey saltó de su lecho y preguntó:

—¡Xochitl! ¿dónde está Xochitl?

Inmediatamente se le contó lo que con la joven había pasado.

—¡Mentira! ¡mentira!—contestó el rey, y volviendo á intentar levantarse, pero no pudiendo hacerlo, dijo al príncipe:

—¡Hijo... Xochitl! ¡traed aquí á Xochitl! ¡Cuitlahuatzin lo manda!

Y como Tezomotli y todos los nobles dudasen en obedecer, el rey repitió:

—Lo manda Cuitlahuatzin; ¡traed á Xochitl!

La mayoría de los testigos de esta escena salió á cumplir la orden del emperador, que como notase que su hijo permanecía á su lado, con imperiosa voz le dijo:

—¡Tú; tú también; vé tú también!

El príncipe salió de la cámara.

Ya la noche había cerrado por completo.

Las sombras eran ya en extremo densas.

Aquel momento era el marcado por el ritual del culto de Toci para el sacrificio de la víctima.

Tezomotli sintió que no podría dar un paso más; sus piernas le faltaron y al ir á sentar su pié le pareció que bajo su planta se abría el vacío.

Sus ojos comenzaron á nublarse y un frío intenso penetró como hoja de cuchillo por uno de sus costados.

A la vez una voz dijo á sus espaldas con palabras espantosas:



—Indio cobarde, has dejado morir á Xochitl, pero tú no la sobrevivirás.

Tezomotli cayó desplomado.

Gonzalo, el joven español salvado por la hija de Acatl, había atravesado á Tezomotli con la hoja de una espada toledana.

## LIBRO II

### EL ÚLTIMO EMPERADOR